

ENTRE EL ABURRIMIENTO Y EL AMOR: LA METÁFORA

Marta Gerez Ambertín*

Si sobrevives, si persistes, canta,
sueña, emborráchate.
Es el tiempo del frío: ama,
Apresúrate. El viento de las horas
barre las calles, los caminos.
Los árboles esperan: tu no esperes,
Éste es el tiempo de vivir, el único.
(Jaime Sabines)

Sufrir el aburrimiento

El aburrimiento –manifestación de la psicopatología de la vida cotidiana– no suele concitar la atención suficiente de los especialistas del campo “psi” –pese a su permanente insistencia–, pues se lo considera un simple padecimiento y no una enfermedad.

En general, suele darse mayor importancia a la desesperación de un melancólico que a la de un aburrido, aunque puede afirmarse que también de aburrimiento se muere; sin duda, con más lentitud que en un exabrupto suicida, y por supuesto, en forma menos espectacular.

Incontables aburridos hacen saber de su fastidio al psicoanalista, en procura de una coartada a su malestar; el aburrimiento de los niños suele causar alarma en padres que por diversos medios –y a veces sin logro alguno– tratan de “entretener” a los

pequeños, y para qué mencionar a los ancianos para muchos de los cuales el aburrimiento es, a veces, una constante que alimenta a una “muerte lenta y silenciosa”.

¿Cómo analizar este obstáculo sin caer en tediosos lugares comunes?

Nuestras sociedades han ideado dispositivos diversos contra el aburrimiento generando, paradójicamente, verdaderos sistemas “institucionalizados” de aburrirse: juegos, espectáculos, muestras desgastantes o aparatosos despliegues de dispositivos de lo más sofisticados cuya misión es “combatir el aburrimiento”; hasta el diván del analista puede formar parte de ellos si no se atiende a su trama fundamental... y nada más trágico que un analista y/o un análisis aburrido.

Aburrimiento y desamparo

El problema está, insiste. Padecimiento tan antiguo adquiere relevancia en épocas como la actual don-

* Universidad Nacional de Tucumán y de Buenos Aires.

de los referentes válidos se deterioran, resultando lo que llaman “falta de credibilidad”: falla en la fe de un Otro que no se instaura. Desamparo simbólico del sujeto y de las masas ante tal desfallecimiento.

Ligado a este desamparo, no resulta posible confundirlo con la angustia, la depresión o la melancolía, pues supone, ante nada, lo desapasionado. Paradójicamente, no siendo una enfermedad, su desafecto produce padecimientos severos y, sobre todo, un indiferente y hasta extenuante desinterés por el mundo. Lo pilota una *desolación del sentido*: algo se desgasta en el lenguaje que habita al sujeto. Fracaso del deseo. Fracaso del discurso allí donde éste pierde la dialéctica de su curso y se torna estéril, vacuo, plano, vacío, impulsado sólo por fuerza de una costumbre que lo hace insignificante tanto a él como a la trama del mundo que entreteje.

Esta concepción está lejos de las que pretenden referir el tedio a ciertas correlaciones con tiempos o lugares en tanto causales de la acidia.

El aburrimiento no mantiene reciprocidad con el ocio, sobreviene en cualquier momento o lugar y con frecuencia nos asola donde menos lo esperaríamos: un espectáculo, un viaje, un posible encuentro amoroso, una actividad aparentemente anhelada... tampoco hay una edad propicia para el aburrimiento —como algunos evolutistas han querido insinuar—: acaece a niños, adolescentes, adultos, ancianos.

¿Qué hacer con el aburrimiento que parece no sugerir nunca un qué hacer? Responder con recetas carece de sentido, salvo el de transitar nuevamente los trillados caminos que desembocan en los fastidiosos del tipo: “para lograr esto, haga esto otro”. En todo caso es importante buscar sus detonantes.



El aburrimiento se presenta como el reverso de lo que Freud refiere como la experiencia de *lo perecedero*, ese instante fecundamente bello aun con el sobresalto que recalca su instantaneidad: punto donde se marca para el sujeto que la felicidad es siempre breve e implica una fuerte apuesta subjetiva. El aburrimiento, en cambio, carece de fecundidad alguna: es plano, lento y supone la imposibilidad de lanzar una apuesta a algo, de “jugarse”, de investir libidinalmente los objetos del mundo. Dificultad del deseo de levantar ese escenario imaginario que conlleva al lenguaje como operador. Puesta a prueba de la palabra que abriendo surcos en su curso recrea la realidad y abona la pasión.

Aversión al asombro

El tedio se produce cuando un sujeto pierde toda capacidad de asombro. Es, justamente, una *aversión al asombro*, porque donde algo de lo inesperado produce efectos de estupefacción en el sujeto que lo deja por instantes sin la habitual significación, en un sin-palabras, en estado de atonitud, allí no hay lugar para el aburrimiento. Atinar sólo a la persistencia de la obsolescencia en procura de lo “absolutamente seguro” produce un bloqueo del deseo. Ante la imposibilidad del sujeto de anhelar cualquier cosa, la chatura lo aplasta en la apuesta de vivir y entonces “... sabemos siempre por anticipado lo que nos traerá el día siguiente -nada- y que todas las mañanas hasta nuestra muerte, se deslizarán con la misma dulcedumbre insípida, en la misma tonalidad borrosa. Vivimos días gris-perla, en un acolchamiento que nos hace sentir nostalgia de las piedras y de las espinas...” como ha hecho decir Pierre Loti a “Las desencantadas”.

Contrapartida de la pesadez acidiana que lleva a la fatiga, hay sujetos en los cuales el dispositivo del deseo –en constante movimiento– reactiva su circulación. Están siempre en la “búsqueda de otra cosa que casi se alcanza” y desconocen el aburrimiento: todo les sorprende en ese espasmo de ser deslumbrados por lo inhabitual; reverso de la moneda del

tedio en el que se transita por una monotonía donde la repetición causa estragos y pareciera que todo es idéntico: el tiempo, la noche, los lugares, el día, las personas, los paisajes y, lo que es peor, las palabras. Aparente paz de lo rutinario costumbrista donde la náusea sartreana y el desapasionamiento kierkegaardiano se enseñorean del sujeto.

Este fastidio (fastio/tedio), que se acompaña de una dolorosa percepción que escarba la cenestesia del cuerpo, refiere a la identidad imaginaria de los significantes por el desgaste de la metáfora. Las metáforas se gastan dirá Lacan: los chistes pierden la “chispa” de sorpresa que hace brotar la carcajada y devienen monótonos –nada más aburrido que un chiste donde la eficacia de la metáfora se ha vaciado–, los rituales, despojados de la trama simbólica que les otorga su alto nivel de significancia, se tornan movimientos absurdos, puro estereotipo, actos robóticos en sujetos maquinizados. Y hasta en el amor –que como metáfora también se desgasta– sobreviene la tediosa, insoportable cotidianeidad de dos seres que se aburren... juntos.

Desgaste de la metáfora

La metáfora, que opera por sustitución significativa, siempre lanza una *creación del sentido*: es la chispa poética, la agudeza o el “*pas de sens*”, es el plus que excede al enunciado cuando Borges dice: “Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo”... y sin embargo, a pesar del rapto que produce en el sujeto, toda metáfora puede deteriorarse allí donde un significante de alta intensidad psíquica se pierde y quedan sólo restos significantes que nada nuevo producen, que no conmueven, que no nos admiran: “*Cuando nos sorprende el primer encuentro de un objeto, y lo juzgamos nuevo o muy diferente de lo que conocíamos antes o bien de lo que suponíamos que debía ser, lo admiramos y nos impresiona fuertemente; y como esto puede ocurrir antes que sepamos de ninguna manera si este objeto nos es conveniente o no, pareceme que la admiración es la primera de todas las pasiones; y no tiene pasión*”

contraria, porque si el objeto que se nos presenta no tiene nada en sí que nos sorprenda, no nos conmueve en modo alguno y le consideramos sin pasión” (Descartes: “Las pasiones del alma”).

Desgaste de la metáfora, restos significantes que circulan por pura metonimia, palabras autómatas que nada dicen, ausencia de nuevas señales. Prevalencia de la concatenación y de la contigüidad donde ya no hay sorpresas: saludo maquinal para cumplimentar “las buenas costumbres”. Tal la obscuridad del sentido de la metonimia: en el discurso parece estar *todo-dicho*. Repulsión del lorero significativo; en el tedio el sujeto espera -sin esperanzas- que se produzca algo, “otra cosa” que lo libere de una regularidad que lo mortifica. Espera en desesperanza ante el “apagón” de la metáfora.

Tiene tanta fuerza esta regular e idéntica repetición metonímica de palabras viejas que el aburrimiento no sólo cansa, también pesa. El cuerpo del aburrido es plomizo. Su sola visión incomoda. Únicamente el recurso del golpe sorprendente de la metáfora puede trocar tan pesada posición y así, en la eficacia del rito simbólico o en el flechazo amoroso, un rayo –como el de Zeus– de estupefacción arroja un significante que anonada y permite al sujeto ser relanzado a la circulación del placer y el deseo.

El vuelo del sujeto hacia el amor

Pies alados del amor, efecto de su renovación: “el lenguaje amoroso es un vuelo de metáforas” ha dicho Kristeva. En contraposición a la pesadez del cuerpo del aburrido, el del enamorado es como una pluma: ágil, ligero, parece escapar a la gravedad. El enamorado es un creador en tanto arriesga y apuesta todo de sí a un objeto que no deja de ser incierto, y es, precisamente, esa incertidumbre la que sostiene el juego porque saber “todo” del otro no produce sino hastío, cansancio; por eso recrear al otro para sostener el amor supone –dirá Barthes– que ese otro sea inclasificable y también incalculable: el rap-

to del amor presupone dejarse entrapar en un significante sospechoso, sólo a medias descubierto y, por tanto, de insistente renovación. Ofrecer siempre una cifra, un algo a interpretar, una inquietante incertidumbre, ser siempre un poco impredecible. Quien pretenda mostrarse todo, cierto, propio, no produce sino fatiga. Es el caso de las parejas aburridas en las que el otro es tan calculable y clasificable que se sabe todo lo que puede esperarse de él, todo lo que dirá, todo lo que hará, todo lo que aceptará, todo lo que rechazará, no hay sorpresas, no hay asombro... el juego ha terminado y sólo queda una insoportable rutina.

En la embriaguez del amor, en cambio, hay siempre estupefacción ante lo incierto del otro, como si fuera una locura: el sujeto es sorprendido por la Diosa Ate –la del extravío–, la de los pies alados, que apenas toca el suelo y produce conmoción, se pierde la cabeza, el cuerpo, el sentido del espacio y del tiempo. Reanimación constante que hace del enamorado un “flotante” y, al mismo tiempo, un creador: no hay enamorado que deje de deslumbrar. Efecto metafórico del amor que sugestivamente alivia y no sólo el cuerpo se torna ligero, también las ideas flotan, circulan: como la vida ante la presencia aguda de una renovada sorpresa... “*En ninguna novela de amor he leído que un personaje esté fatigado: el ser amado es de una originalidad incesantemente imprevisible*” (R. Barthes). Producción metafórica que otorga direccionalidad y significancia a la vida del sujeto: por fuera de ella circula en la locura, pero el desgaste, la fatiga de la metáfora lo cierne en el tedio y el cansancio y así, la recuperación de los efectos metafóricos lo resitúan permitiéndole soportar el relanzamiento de significantes siempre nuevos: algo que probablemente pueda no decirse, apenas balbucearse o insinuarse. Respuesta que el sujeto espera de sí y del mundo y que siempre falta, siempre escapa aun cuando pueda atraparse en el semi-dicho.

Recuperar la metáfora, buscar la sorpresa, esperar-la, exigirla, alejar el aburrimiento, producir la demanda: producir el amor, es el verdadero antídoto contra el tedio.